EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

RECETA CONTRA LAS SUEGRAS

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON MANUEL JUAN DIANA

CUARTA EDICION

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1892

16

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
LBORRAS

N.º de la procedencia
4058.

RECETA CONTRA LAS SUEGRAS

RECETA CONTRA LAS SUEGRAS

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON MANUEL JUAN DIANA

Representada por primera vez en el TEATRO DEL PRINCIPE el día 24 de Diciembre de 1862.

CUARTA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1892

PERSONAJES		ACTORES
DOLORES	DOÑA	ADELA ALVAREZ.
MARIANA	»	TRINIDAD SABATER.
DOÑA LEONCIA	»	EMILIA DANSAN.
RAFAEL	DON	MANUEL CATALINA.
FEDERICO	»	MANUEL PASTRANA.
DON CLETO	»	MARIANO FERNÁNDEZ.
JUAN	»	TELESFORO GARRALÓN

La escena en Toledo, 1862.

Esta obra es propiedad del hijo de D. MANUEL JUAN DIANA, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El propietario se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO

Sala amueblada con elegancia en casa de doña Leoncia. Puertas laterales y en el fondo.

ESCENA PRIMERA

FEDERICO, MARIANA, DOLORES, DOÑA LEONCIA y DON CLETO. Aparecen sentados por el orden que se les nombra: Federico escribe en un libro; don Cleto lee un periódico; las mujeres leen, cosen ó bordan.

DOL. ¿Cómo llevas la cuenta, Federico?

FED. Muy bien, mamá; la estoy concluyendo.

LEONC. Poquito á poco; en materia de cuentas hay que tener siempre presente aquel refrán que dice: «vísteme despacio, que tengo prisa.»

FED. Tiene usted razón, abuelita.

DOL. Ya se vé que sí.

FED. (Aparte á Mariana.) (¿Iremos esta tarde á dar un paseíto, Mariana?)

MAR. ¿Pasearemos esta tarde, mamá? (A Dolores.)

DOL. ¿Saldremos esta tarde, mamita? (A doña Leoncia.)

LEONC. (A Dolores.) Está mala la tarde.

DOL. (A Mariana.) Hace mal tiempo.

MAR. (A Federico.) Está para llover.

FED. (¡No se vé una nube!)

722844

MAR. (¡Federico!)

FED. (¡Cómo ha de ser! ¡un marido entre una suegra y una contrasuegra, no tiene voluntad propia! ¡hasta que un día!...)

MAR. (Calla, Federico.)

FED. (¿Todavía más?) Vaya, querida mamá; ya está corriente la entrada: cuarenta fanegas de trigo, ochenta de garbanzos, etc., etc. (Continúa sentado y con la pluma en la mano toda la escena.)

DOL. Repásala bien.

FED. (Aparte á Mariana.) (¡Si vieras qué bonita es la ópera de esta noche!)

MAR. (Sí; *Norma*, es preciosa.) Mamá, *Norma* esta noche.

DOL. (A doña Leoncia.) Mamita, ¿se acuerda usted de *Norma*? Pues esta noche...

LEONC. (Á Dolores.) ¡Es tan pesada!...

DOL. (A Mariana.) ¡Es insulsa!

MAR. (Á Federico.) ¡Es detestable!

FED. (Revolcaron á Bellini.)

CLETO. (Dejando de leer.) ¿Y hay quien sufra tantas injusticias?

LEONC. ¿Qué es eso, señor don Cleto?

CLETO. ¡Que la sociedad se desmorona, que se acerca el juicio final, que ese Gobierno!...

LEONC. ¡Jesús!...

CLETO. ¡Otro vocal del Consejo de Sanidad del Reino; un compañero mío; sé los puntos que calza, es un bolonio!

LEONC. ¡Paciencia, amigo mío!

DOL. No tome usted las cosas tan á pecho.

CLETO. ¡Falta la resignación, señora, para sufrir tantos disparates; para ver medrar la ignorancia á la sombra del favor, de la intriga, de los amaños! ¡Qué Gobierno!

LEONC. ¿Por qué no pretende usted?...

CLETO. ¿Por qué no pretendo? Abandoné la Corte, señora, después de repetidos desengaños, y busco en vano en un rincón de provincia el reposo y la tranquilidad que me hacen falta.

FED. Y los periódicos le traen á usted un berrinche en cada línea; sin embargo, no hay que dejar las cosas de la mano, don Cleto.

CLETO. Tiempo perdido, Nadie toma en cuenta que tres varones insignes de mi noble familia, vieron coronado su mérito siendo vocales del Consejo de Sanidad: mi visabuelo, mi abuelo y mi padre.

LEONC. Que en santa gloria...

DOL. ¡Amen!
MAR. ¡Amen! } (Á un tiempo.)
FED. ¡Amen!

CLETO. ¡Para mí se cierran únicamente las puertas de ese templo!

DOL. Amigo mío, voy creyendo que las ideas fijas...

FED. Trastornan el juicio.

LEONC. Y un filósofo como usted...

DOL. Debiera reirse de las vanidades de este mundo.

LEONC. Debiera estar siempre gozoso y satisfecho por la gloria que le proporciona el bien que derrama en las familias. En cuanto á mí, á los pocos días de haber aparecido usted en esta casa, me encontré como nueva; ese jarabe, amigo mío, que yo llamaré milagroso, único específico para alargar la vida, es invención que honra á usted, y que debiera abrirle de par en par las puertas del Consejo de Sanidad, término de su gloriosa carrera.

CLETO. Señora...

LEONC. Por usted, no me cansaré de repetirlo, veo transcurrir los últimos años de mi existencia, halagada con las caricias de una hija idolatrada, y de unos nietos no menos amados.

FED. Gracias, abuelita.

MAR. (¡Federico!)

FED (Si le doy las gracias.)

MAR. (¡Pero con un retintín!...)

LEONC. Cuando Dios nos lleve á todos á su divina presencia...

FED. (Otro será el que á mí me lleve.)

MAR. (¡Siempre estás murmurando!)

FED. (Pero mujer, si todo lo que pido...)

MAR. (Aprensión tuya.)

FED. (¿Sí? Pues ahora lo verás; tú que tanto deseas aprender á montar á caballo... formula la petición, yo también lo deseo; anda, anda.)

MAR. Mamá, ayer pasaron á caballo las hijas del gobernador; ya saben montar: ¡qué guapas iban! ¡si tú quisieras!...

DOL. Mamita, los chicos desean aprender equitación; una tontería, por supuesto; pero si tú quieres...

LEONC. ¿Caballitos, eh? Para que un día se apeen por las orejas.

FED. (Ya vuelve la pelota dando vueltas.)

DOL. Hija, los caballos ofrecen sus peligros; suelen desbocarse.

MAR. (Afligida.) Federico, los caballos suelen tirar coces.

FED. ¡Oh! yo lo creo. (Y las suegras también.)

LEONC. Pero, hijos míos, se nos pasa el tiempo sin rezar el rosario. Al oratorio, al oratorio, niños. Señor don Cleto... (Se levantan, menos Federico.)

CLETO. Mi brazo, señora... (Ofreciéndole el brazo, en que se apoya doña Leoncia.) (¡Qué Gobierno! ¡qué Gobierno!)

DOL. ¡Federico!...

MAR. Vamos.

FED. Sí, sí; pero esta cuenta...

LEONC. ¿Pues no decías que estaba?

FED. Sí señora; pero hay aquí una diferencia... al instante, al instante iré.

LEONC. Te esperamos.

FED. Sí señora. (Sentados.)

ESCENA II

FEDERICO y MARIANA

MAR. ¡Qué cosas tienes!

FED. Déjame. (Se levanta.)

MAR. ¿Te enfadas?

FED. No, hija mía.

MAR. Ya ves, íbamos á rezar.

FED. Los hombres rezamos solos.

MAR. El caso es que siempre estás disgustado.

FED. No puedo menos, ¿me he casado yo para esto? Llevamos un mes que se pasó rezando el rosario y acostándonos á las nueve.

MAR. Ya ves, mamá...

FED. Sí, mamá, y la abuelita, que es otra mamá.

MAR. ¿Qué he de hacer?

FED. Otros infelices se casan, y si tienen la... desgracia de tener suegra, tienen una; pero yo tengo dos... ¡Por las llagas de Cristo!

MAR. ¿Pero qué te pasa?

FED. No tengo libertad para nada; que si entro, que si salgo, si duermo, si canto, si bailo; todo ha de pasar por el tamíz de las dos suegras. ¿Sabes lo que haría yo ahora para hacer mi gusto? Saldríamos los dos juntitos, nos iríamos al campo, á un bosque solitario, y allí saltaríamos, correríamos, gritaríamos... yo quiero saltar por los bosques con mi mujer. ¿Para qué se casa uno, señor?

MAR. Pues deja, que una mañanita nos hemos de levantar muy temprano y nos iremos hasta aquella fuentecita, ¿te acuerdas?

FED. No.

MAR. ¡Cómo! y fué donde nos conocimos.

FED. Es que conocí al propio tiempo y en el mismo sitio á la abuelita.

MAR. ¡Qué tema! Pues antes de casarnos, bien te hacían gracia sus dichos, y te reías.

FED. ¡Cómo cambian los tiempos! ahora lloro.

MAR. Lo mismo es ahora que antes.

FED. No lo creas; entonces escondia las uñas.

MAR. Te pones fastidioso.

FED. Veamos, veamos tu proyecto de levantarnos temprano.

MAR. Nos iremos por el campo adelante, lo menos una hora, correremos, beberemos agua en la fuentecita.

FED. ¡Bien! ¡bien!

MAR. Y luégo daremos la vuelta á casa.

FED. ¡Mal! ¡mal!

MAR. ¡Quita allá!

FED. Anda, anda: te estarán esperando, y si te echan de menos, habrá sermón además de rosario.

MAR. Adiós, Federico.

FED. Un beso de mi parte á la abuelita.

MAR. ¡Dale! (Vase.)

ESCENA III

FEDERICO; poco después, JUAN y RAFAEL

FED. Es una criatura, un ángel: ¿cómo rompe esta pobre niña con su mamá, con su abuelita? si no fuera por esa justa consideracion...

JUAN. (A la puerta del fondo anunciando.) El señor don Rafael de Cárdenas.

FED. ¡Qué!

JUAN. Aquí está. (Se retira.)

RAFAEL. (A la puerta.) ¡Federico!

FED. ¡Rafael!

RAFAEL. ¡Cuánto deseaba!...

FED. ¡Amigo mío! ¿tú en Toledo?

RAFAEL. Sí, querido; acabo de saltar del tren.

FED. ¡Tres años sin vernos! ¡sin saber el uno del otro!

RAFAEL. Por eso al acordarme de tí quise abrazarte por la última vez!

FED. ¡Por la última vez!

RAFAEL. Sí, Federico; sí, ¡soy muy desgraciado!

FED. ¡Desgraciado! ¡Ah! sí, recuerdo: vivías con tu suegra.

RAFAEL. Mi suegra murió, Federico.

FED. ¡Pobrecilla! ¿y te llamas desgraciado? ¿y tu mujer, cómo sigue?

RAFAEL. ¡Murió también!

FED. ¡Ah! comprendo ahora tu desgracia.

RAFAEL. ¡Ay! Federico, ese dolor está ya cicatrizado, después de tres años.

FED. ¡Cicatrizado! ¿no eras felíz en el matrimonio?

RAFAEL. ¡Mucho! nos amábamos con delirio; pero el diablo... porque vivía con nosotros.

FED. ¡El diablo! ¡Ah! sí, la suegra, es igual.

RAFAEL. Envenenaba nuestros placeres. Chico, si te casas...

FED. Me casé hace un mes.

RAFAEL. ¿Y la tienes?

FED. ¡Tengo dos!

RAFAEL. (Asustado.) ¡Cómo! ¿se puede tener dos?

FED. La madre y la abuela de mi mujer.

RAFAEL. Haz cuenta que te has tragado dos bolas de arsénico y estás esperando el estallido.

FED. La una me echa el lazo: la otra, me le aprieta.

RAFAEL. Sí, sí, las conozco teórica y prácticamente, y pudiera escribir un libro en folio sobre la enfermedad suegra, en sus diferentes grados de peligro. Verás: suegra á cien leguas del matrimonio, tercer grado; suegra avecindada en la misma población que los consortes, segundo grado; suegra que habita la misma casa, el mismo cuarto que las víctimas, primer grado, suegra de primer orden, caimán que acaba por devorar la presa.

FED. ¡Ah! ¿conque según eso el mejor remedio contra las suegras, es hacer que las de primer orden pasen á segundo?

RAFAEL. Y las de segundo, á tercero.

FED. ¿Y no las hay del cuarto?

RAFAEL. Sí, hombre; cuando cierran el ojo; pero eso es pedir gollerías.

FED Pues chico, las mías son de primer orden, y amén de todas sus impertinencias, me hacen llevar las cuentas, entenderme con los arrendadores.

RAFAEL. Te tendrán frito.

FED. Y asado, y mechado.

RAFAEL. ¿Por qué no te rebelas?

FED. ¡Pues, con el genio de la abuelita! se moriría de un berrinche, me aborrecería mi mujer y me llamarían ¡mata suegras, mata suegras!

RAFAEL. Y efectivamente, ahora voy notando que huele á suegra. (Olfateando.)

FED. Un olorcito como el de azufre, ¿no?

RAFAEL. Pues, como si hubiera caído un rayo.

FED. Chico, ¡qué eterna contradicción!

RAFAEL. En boca de una suegra, ni el mar tiene agua, ni el sol alumbra, ni las mujeres derrochan, ni los diputados medran. ¡Oh! lo he jurado por la salvación de mis padres: no viviré con otra bajo el mismo techo.

FED. ¿Piensas casarte?

RAFAEL. Has metido la mano en mi llaga.

FED. ¿De veras?

RAFAEL. ¿No te lo dije? ¡soy el más desgraciado de los hombres!

FED. Pero ¿por qué?

RAFAEL. Estoy enamorado.

FED. ¡Bah! ¿y de quién?

RAFAEL. Lo ignoro.

FED. ¡Tan estrafalario como siempre!

RAFAEL. ¡Llámame como quieras; estrafalario, y también loco! porque creo que estoy loco.

FED. ¡Cuéntame, cuéntame!

RAFAEL. ¡Hace un año! ¡un año que la ví! ¡viajaba por Francia, dieron veinte minutos para comer en una estación del ferrocarril, mesa redonda: me senté frente á frente de una... deidad: ¿crees que comí? no hacia más que contemplarla; ella me miraba también de cuando en cuando y se ponía de mil colores. ¡Maldito inglés!

FED. ¡Un inglés!

RAFAEL. Sí, él tuvo la culpa.

FED. ¿De qué?

RAFAEL. Había un inglés á su lado: sirvieron un plato de alcachofas rellenas; al llegar á él no quedaba más que una: entre españoles, las damas lo primero, pero los extranjeros no entienden de melindres. Iba ya á clavarle el

tenedor para engullírsela, cuando yo con el mío, la pincho y se la alargo á mi desconocida.

FED. ¡Bravo!

RAFAEL. Ella la toma.

FED. Es decir, se la toma. (Demostración de comer.)

RAFAEL. ¡Sonriendo con una gracia! pero el inglés me miraba con rabia y apretaba los puños; al levantarnos de la mesa nos apartamos á un lado, y á las pocas palabras anduvimos á puñetazos: ¡ay de mí! se echaron sobre nosotros dos gendarmes y no hubo remedio, partió el tren sin que la volviese á ver. Desde entonces, recorrí como un loco todas las ciudades de Francia. Dos meses después, iba yo en un tren hacia acá, no hacia allá; venía otro hacia acá, ambos muy despacito, cuando me la veo en la ventanilla de enfrente: ¡señora! ¡señora! grité como un loco; pero los trenes salieron como el rayo y me quedé otra vez á obscuras.

FED. ¡Pobre Rafael!

RAFAEL. Comprende mi desesperación.

FED. Siendo tan impresionable, tan terco.

RAFAEL. Aquella mujer es mi idea fija, su imagen me persigue á todas partes.

FED. ¡Rafael! ¡Rafael! siempre he dicho que has de parar en una jaula: esas impresiones, esos arrebatos...

RAFAEL. ¡Adiós, Federico, adiós! (Lo abraza de pronto.)

FED. ¡Cómo! no saldrás de mi casa mientras permanezcas en Toledo; aquí tienes cuarto, familia; conocerás á mi mujer; voy á prevenirla; pero no, ¡tendrías que conocer también á mis dos suegras!

RAFAEL. No, no; huyo de la sociedad, del trato humano.

FED. Nada, nada; espera unos minutos. (Vase por la izquierda.)

ESCENA V

RAFAEL

¡Ya me pesa haber venido á verle; amo la soledad, la agreste soledad de las montañas! Sí, sí; en cuanto

pierda la esperanza de encontrarla, los picos más altos de Guadarrama ó de Sierra-Morena, van á ser mi guarida. (Reparando en unos retratos de fotografía que habrá colgados en la pared. Descuelga uno.) ¡Qué miro! ¿no es ella? ¡ella es! ¡ella es! (Cae de rodillas quedando de espaldas á Dolores, que saldrá á su tiempo.) ¡Hermosa aparición! ¡hechizo de mi alma!

ESCENA V

DICHO y DOLORES

DOL. (Saliendo por la puerta del fondo.) ¡Un hombre arrodillado! caballero...

RAFAEL. ¡Ah! (Se vuelve y queda arrodillado delante de ella.)

DOL. ¿Podré saber?...

RAFAEL. ¡Oh! sí, sí, estaba arrodillado, arrodillado delante de usted, de su divina imagen. (Se levanta.)

DOL. ¿Estará loco?

RAFAEL. Loco de amor, mi bella desconocida.

DOL. (¡Ah!) (Como recordando)

RAFAEL. ¡Loco por usted, por sus divinos ojos!

DOL. Caballero, no tengo el honor...

RAFAEL. ¿De conocerme? ¿no quedaron mis facciones grabadas en su alma, como las de usted en la mía? ¡soy muy desgraciado!

DOL. No recuerdo...

RAFAEL. Era en Francia; hace un año, en una estación del ferrocarril.

DOL. No sé

RAFAEL. ¡Un inglés, señora! ¿se acuerda usted de aquel inglés rechoncho y mofletudo que iba con su tenedor?...

DOL. ¿Un inglés que iba con su tenedor?

RAFAEL. Cuando yo con el mío, ¡zas!

DOL. ¿Al inglés?

RAFAEL. ¡Ah! ¡no se acuerda! soy aquel caballero, el caballero de la alcachofa.

DOL. ¡El caballero de la alcachofa! será un título de fami-

lia; como quien dice el caballero del cisne, el caballero de la tabla redonda.

RAFAEL. No, no; el inglés quería con sus manos lavadas arrebatar la alcachofa, y yo...

DOL. ¡Ah! sí, sí.

RAFAEL. Entonces usted, con una mirada... de que tiene que dar cuenta á Dios, señora, porque con ella arrebató usted un corazón.

DOL. Y una alcachofa.

RAFAEL. ¡Ah! ¿se burla usted? ¡cuán desgraciado soy!

DOL. No señor, no me burlo; pero esos arranques provocan mi risa.

RAFAEL. Ríase usted de mi dolor, de mi tormento.

DOL. Y ¿á qué debemos el honor de recibir á usted?

RAFAEL. Federico y yo somos amigos de la infancia. (De pronto.) ¡Señora! (Con un grito.)

DOL. ¡Ah! ¡qué susto!

RAFAEL. Me asalta una idea, una idea terrible; ¿seria usted su esposa?

DOL. No, no.

RAFAEL. ¡Vuelva la alegría á mi corazón! (Se guarda el retrato. En todas las escenas en que toma parte Rafael, le saca, le besa y se lo vuelve á guardar. Queda á merced del actor el hacerlo cuando lo crea más oportuno.)

DOL. (¡Qué original!)

RAFAEL. En ese caso, estoy seguro de que Federico será mi paño de lágrimas, mi intercesor, porque él sabe mis bellas cualidades.

DOL. Basta que usted lo diga.

RAFAEL. Mis rectos y santos pensamientos respecto al objeto de mi amor, porque él sabe que la amo á usted con delirio, señora.

DOL. También sabe, que aunque el estado de viudéz me permite...

RAFAEL. ¡Es viuda!

DOL. No acostumbro á recibir á quien no tengo el honor de conocer. (Vase por la derecha.)

ESCENA VI

DICHO; FEDERICO, sale por la izquierda.

RAFAEL. ¡Ah! pero no olvide usted que la idolatro, que la adoro.

FED. ¡Cómo! ¿adoras á mi suegra?

RAFAEL. ¡Tu suegra!

FED. ¡Cabalito!

RAFAEL. ¡Tan joven!

FED. Treinta años; mi mujer tiene quince.

RAFAEL. ¡Es mi bella desconocida!

FED. ¡Bravo! caíste en el garlito.

RAFAEL. ¿Por qué?

FED Si te casas con ella...

RAFAEL. ¡Ojalá!

FED. Tendrás suegra.

RAFAEL. ¡Ah! la abuela de tu mujer; no había caído.

FED. ¡Já! ¡já!

RAFAEL. Si llegara el caso, matrimonio ausente, suegra de tercer grado, á Filipinas.

FED. Ya baja; tienen hecho un convenio, un tratado de alianza entre la abuelita, la mamá y la nieta: antes morir que separarse.

RAFAEL. ¡Demonio!

FED. ¡Já! ¡já! ¡já!

RAFAEL. ¿Y está muy vieja la abuelita?

FED. Cincuenta y cuatro, bien conservaditos.

RAFAEL. Pues no transijo.

FED. Pues no te casarás, y amén de su buena salud, tiene á su lado á un médico, á un don Cleto Sangredo, autor de un jarabe ó tisana que alarga la vida.

RAFAEL. ¡Ah! perro, yo acortaré la suya.

FED. Estoy en grande, chico; si te casas, uno más para soportar los trabajos, tocaré á menos cantidad de suegra.

RAFAEL. ¡Voto al diablo! ¡cuando digo que soy muy desgraciado!

FED. No tienes una pizca de mundo; si me hallara en tu pellejo... si yo fuera sobrino de un ministro...

CLETO. (A la puerta.) (¡Hola!)

FED. Decreto al canto: «en atención á las justas razones que me han expuesto todos los yernos del universo, he venido en abolir la suegra.»

CLETO. (No hay hombre sin hombre, este será el mío.) (Saliendo.)

ESCENA VII

DICHOS y DON CLETO

FED. Señor don Cleto...

RAFAEL. ¡Cómo! ¡el médico!

FED. Voy á ver si acaba de salir mi mujer. (Vase.)

ESCENA VIII

RAFAEL y DON CLETO

CLETO. Servidor...

RAFAEL. Caballero, estoy enterado de las fechurías de usted.

CLETO. ¿De mis fechurías?

RAFAEL. Sí señor, ¿quién le manda á usted confeccionar tisanas ó jarabes para alargar la vida?

CLETO. ¿Y eso?...

RAFAEL. Eso en el tiempo en que vivimos, es un crimen, caballero.

CLETO. ¡Un crimen!

RAFAEL. ¿Quién le manda á usted enmendar la plana á la naturaleza?

CLETO. Yo pensé...

RAFAEL. Si fuese al revés, para acortar la vida, ya se comprende: más le luciría entonces el pelo.

CLETO. Estoy absorto.

RAFAEL. Además, eso estaría en armonía con la ciencia.

CLETO. Caballero, mis principios ..

RAFAEL. Hay personas que estarían ya gozando de la presen-

cia de Dios, ó del diablo, sin los cuidados de usted.

CLETO. Es un acto meritorio.

RAFAEL. Un acto meritorio que me proporciona la dicha de habérmelas con una suegra.

CLETO. No le comprendo á usted, seré muy torpe indudablemente.

RAFAEL. ¿Acaso no sabe usted lo que es una suegra?

CLETO. Ni he tenido suegra, ni mujer, caballero.

RAFAEL Ya.

CLETO. Pero tengo otra desgracia, acaso mayor, y si me tomase la libertad... usted es amigo de don Federico y eso me alienta.

RAFAEL. ¿Á qué?

CLETO. Señor, tres varones de mi noble familia, de los Sangredos, servidores de usted...

RAFAEL. Muy señores mios.

CLETO. Han prestado eminentes servicios á su patria.

RAFAEL Habrán sido diputados; bien, ¿y qué? ¿se dormirían en las pajas?

CLETO. Perdone usted, eran médicos.

RAFAEL. Ya.

CLETO. Y vocales del Consejo de Sanidad del Reino.

RAFAEL. ¿Y á mí, qué?...

CLETO. Yo, señor, poseo conocimientos, atesoro títulos; pero sin el favor...

RAFAEL. Ya: una recomendación: ¡para eso estamos!

CLETO. ¡Cuán fácil le sería á usted, caballero, siendo sobrino del ministro!...

RAFAEL. Ya corrió la noticia; bien, veremos. (Queda pensativo.) ¡Ah! ¡calla! ¡calla! Oiga usted, señor Sangredo, considérese usted desde este momento individuo del benemérito Consejo de Sanidad del Reino.

CLETO. Señor, voy á echarme á sus piés.

RAFAEL. Favor por favor; ¿cuántos años tiene usted?

CLETO. Cincuenta.

RAFAEL. ¿Será usted capáz de un sacrificio?

CLETO. ¡De todo!

RAFAEL. ¿Hasta de casarse?

CLETO. ¡Hasta de eso!

RAFAEL. ¿Con quien yo le indique?

CLETO. Sí señor.

RAFAEL. Pues bien; con la abuelita.

CLETO. ¡Animas benditas!

RAFAEL. Una novia de cincuenta y cuatro; poca es la diferencia.

CLETO. Pero caballero, ¿cuáles son sus fines, sus proyectos?

RAFAEL. No me pregunte usted y responda categóricamente.

CLETO. Sí señor.

RAFAEL. Muy bien, señor Sangredo; veo que nos entenderemos; pero oiga usted; una sola condición exijo: no se casará usted con la abuelita, sin arrancarla antes...

CLETO. (¿Qué querrá este hombre que le arranque?)

RAFAEL. El consentimiento de separarse de su hija y de su nieta.

CLETO. Está muy bien; pero ¿aceptará mi mano?

RAFAEL. Siendo mujer...

CLETO. Á su edad...

RAFAEL. La mujer es siempre mujer.

CLETO. No se hable más.

RAFAEL. Pues manos á la obra; declaración al canto. (Llamando.) ¡Muchacho! ¿No hay un Criado?

CLETO. (Llamando.) ¡Juan!—¿Y mi nombramiento?...

RAFAEL. No faltará; eso es una bicoca. ¡Juan! ¡Juan!

JUAN. ¿Llamaba usted?

RAFAEL. El señor Sangredo desea hablar á la abuelita al momento. (El Criado sale por el fondo y se va por la izquierda.) Entre tanto voy... ya sabrá usted...

ESCENA IX

CLETO

No sé lo que me pasa: ¡yo declararme á doña Leoncia! me va á tirar los trastos á la cabeza. ¡Ánimo, vocal del Consejo de Sanidad del Reino! ¡qué gloria! Me tiraría por un despeñadero por conquistarla; me casaré con doña Leoncia. Ya está aquí.

ESCENA X

DOÑA LEONCIA y DON CLETO

LEONC. Señor de Sangredo...

CLETO. Señora .. (Pecho... á la vieja.)

LEONC. ¿En qué puedo complacer á usted, amigo mío?

CLETO. En mucho, señora.

LEONC. Celebro infinito...

CLETO. Venga usted acá.

LEONC. ¡Hola! ¡Hola! ¿Estamos contentos por lo visto?

CLETO. Sentémonos un poco; conversemos como buenos amigos. (Se sientan.)

LEONC. ¡Vaya!

CLETO. Ha de saber usted, señora... (¡No me llega la camisa al cuerpo!) Á ver, á ver el pulso. (Se lo toma.) Muy bien, muy bien.

LEONC. Nada tiene de extraño; siendo usted...

CLETO. Sin embargo, señora, quisiera preparar á usted contra las emociones fuertes.

LEONC. ¿Voy á experimentar emociones fuertes, señor don Cleto?

CLETO. Acaso: así, pues, oiga usted lo que oiga, vea lo que vea, no hay que sobrecogerse.

LEONC. ¡Válgame Dios!

CLETO. Calma, señora, calma; he hablado de emociones fuertes, pero cuando son agradables...

LEONC. Sí, sí; diga usted.

CLETO. Deseo revelar á usted un secreto, del cual pende mi vida.

LEONC. ¡Jesús!

CLETO. Usted ve, señora, mi acendrado afecto hacia su persona. Usted me ha visto prodigarle durante un año entero los cuidados del médico, las atenciones del amigo. .

LEONC. Mucho, mucho.

CLETO. Pues bien, señora, soy un falsario.

LEONC. ¡Qué oigo!

CLETO. Esos afectos tiernos, esos sentimientos generosos, encubrían una mira egoísta, escondían una pasión...

LEONC. ¡Señor don Cleto!...

CLETO. Una pasión respetuosa, un... perdóneme usted, amor profundo.

LEONC. ¡Pasión! ¡amor! pero ¿á quién? ¿á quién?

CLETO. ¡Calma, señora; tratándose de amor, no puede inspirármelo otra que usted!

LEONC. ¡Virgen del Tremedal! (De pronto, con coquetería.) ¡Caballero!...

CLETO. Un vago temor ha sellado mis labios tanto tiempo, pero el brillo de esos ojos, la... porque...

LEONC. (Se levanta y se mira á un espejo con coquetería.) ¡Oh!... (Vuelve á sentarse.) Señor de Sangredo...

CLETO. Hecha esta confesión, sólo aguardo mi sentencia de esa boca... (sin dientes.)

LEONC. ¡Ay! yo no sé lo que me pasa: ¡yo inspiro amor! ¡yo soy amada!

CLETO. ¡Con ese amor respetuoso y santo!...

LEONC. ¡Jesús! ¡Jesús! pero una mujer de mi respeto no se aventura fácilmente... necesito saber... cómo usted, opuesto al matrimonio...

CLETO. Dios me ha tocado al fin en el corazón: á no ser por eso, la rama de los Sangredos se extinguiría en mí, y yo me prometo...

LEONC. ¡Ah! Conque...

CLETO. ¡Me ha comprendido usted!

LEONC. Fruto...

CLETO. De bendición.

LEONC. ¿Y cree usted?...

CLETO. El ojo perspicáz del médico, no se equivoca.

LEONC. ¡Oh! vamos, hay días felices, señor de Sangredo.

CLETO. ¿Y puedo esperar?...

LEONC. ¡Un sí!

CLETO. ¡Oh, felicidad!

LEONC. ¡Oh, dicha! Mas... ¡Ah! ¡Un óbice!

CLETO. ¡Un óbice!

LEONC. Sí señor; usted sabe que mi marido, en paz descanse, era intendente, y ya se ve... nosotras... las categorías, somos blanco y comidilla del vulgo, y si ven que desciendo... no es decir... pero si al menos ese título de vocal...

CLETO. Precisamente el sabio Gobierno que nos manda, no ha podido menos de tomar en cuenta mis... y acaso pronto...

LEONC. Con esa condición...

CLETO. Ya que de condiciones hablamos, señora...

LEONC. Nada de señora.

CLETO. ¡Leoncia mía!

LEONC. ¡Querido Sangredo!

CLETO. Escuche usted la mía: no hay dicha sin independencia; para saborear la que nos aguarda... los dos solitos... porque al fin, el casado, casa quiere.

LEONC. Ya se ve, y nos evitaremos mil chinchorrerías.

CLETO. Establecidos en Madrid...

LEONC. ¡Magnífico! ¿y por qué no?

CLETO. Como existía esa alianza...

LEONC. ¡Bah! ¡bah! ¡bah!

CLETO. ¡Querida Leoncia!

LEONC. ¡Bendita sea tu boca! ¡Jesús! ¡le he tuteado á usted!

CLETO. ¿Te arrepientes?

LEONC. No, hijo mío; tú por tú, desde ahora.

CLETO. ¡Amor mío!

LEONC. ¡Cleto!

CLETO. Habla más bajo, no hemos de dar un... cuarto al pregonero.

LEONC. Tienes razón, amor clandestino: ¡ese era mi fuerte en mis tiempos!...

CLETO. No han pasado tus tiempos, Leoncia.

LEONC. ¡Qué palabras! ni la lluvia á los campos, ni el rocío á las flores...

CLETO. (Con misterio.) ¡Adiós, adiós!

LEONC. ¿Volverás?

CLETO. Suspirando.

LEONC. ¿Pronto?

CLETO. Muy pronto.
LEONC. ¡Ah!
CLETO. ¡Oh!

ESCENA XI

DOÑA LEONCIA

¡Adiós, Serafín, adiós! ¡ay! qué bien dijo el que dijo que el alma no envejece. Me siento revivir. ¡Ah! qué aparición la de ese hombre; su primera receta mató mi flato ardiente. ¡Oh! ¡Cleto, Cleto, vuelve pronto á los brazos de la más afortunada de las mujeres!

ESCENA XII

DICHA Y DOLORES

DOL. ¿De qué nace esa alegría, mamá?
LEONC. ¿De qué? Si lo supieras...
DOL. ¿Y por qué no?
LEONC. Porque hay inconvenientes. (Haciendo dengues y paseándose con desembarazo.)
DOL. ¿Qué es lo que pasa?
LEONC. Cuando menos se piensa...
DOL. ¿Le ha tocado á usted el premio grande?
LEONC. Cuando menos se espera, Dolores, llama la felicidad á nuestra puerta, y hoy se nos ha entrado de rondón en casa.
DOL. (¿Si lo dirá por el forastero? ¿Y bien, mamá?
LEONC. Hija mía, ¿qué quieres? cuando pasan rábanos... ¿á qué está una?
DOL. ¡Bah! ¿tiene eso visos de formalidad?
LEONC. ¿Cómo que no?
DOL. ¿Cree usted que sí?
LEONC. ¡Vaya!
DOL. Hay que rebajar la mitad de lo que dicen los hombres.
LEONC. Pues te equivocas; me ha dicho...

DOL. ¿Habló con usted?

LEONC. ¿Que si habló conmigo? ¡já, já! se me ha declarado.

DOL. ¡Declarado!

LEONC. Declarado su amor, ¿estamos? (Haciendo dengues.)

DOL. ¡Mamá!

LEONC. No que no, hace un año...

DOL. (Pues, desde el viaje.)

LEONC. El pobrecito tenía...

DOL. Pero eso es imposible.

LEONC. Poco á poco.

DOL. (¡Ah! Lo que yo sospechaba; si aquel hombre está loco.) Sí, señora, está loco.

LEONC. ¿Pues qué, yo?...

DOL. No digo eso, mamá, no digo eso; sino que es un botarate, un necio, un majadero, que quiere reirse de nosotras.

LEONC. Tratámele bien.

DOL. Porque lo merece, ¡si usted lo supiera!

LEONC. ¿El qué?

DOL. Á mí, á mí también, aquí mismo me hizo una declaración y le ví de rodillas.

LEONC. ¡Ay!

DOL. ¡Fementido!

LEONC. ¡Ay, ay!

DOL. ¡Mamá, por Dios.

LEONC. ¡Tengo un nudo en la garganta! ¡yo me muero! ¡socorro! (Cae en una silla.)

DOL. ¡Federico! ¡Mariana! (Llamando.)

ESCENA XIII

DICHAS, FEDERICO y MARIANA

MAR. (Corriendo.) ¡Abuelita!

FED. ¿Se ha puesto mala?

LEONC. ¡Me han asesinado!

MAR. ¡Jesús!

FED. Pero ¿quién? ¿qué sucede?

LEONC. ¡Le he de arrancar la lengua!
FED. ¿Á quién?
DOL. ¡Bien lo merece!
FED. No entiendo una palabra.
LEONC. ¡Soy una sierpe! (Se levanta.)
FED. (¡Gracias á Dios que lo confiesa!)
LEONC. ¡Mi mantilla, venga mi mantilla! le he de sacar los ojos. (Vase por la izquierda.)

ESCENA XIV

DOLORES, MARIANA y FEDERICO

FED. Estoy en Babia: ¿á quién va á sacar los ojos?
MAR. Cuéntenos usted.
FED. ¿Qué sucede?
DOL. Sucede, caballero, que usted... (Con ira.)
FED. ¿Á que lo pago yo?
DOL. Tiene unos amigos que le honran.
FED. ¡Ah! cosas de Rafael; pero es bien extraño: ¿se incomoda usted porque la ama?
DOL. Porque es un falsario, un miserable; porque ha venido á reirse de usted y de nosotros. (Doña Leoncia sale desafcrada por la izquierda, poniéndose la mantilla, y se va por el fondo.)
FED. Eso no, nadie se burlará de usted impunemente, le pediré una satisfacción.
MAR. ¡Ay, Dios mío!
FED. Explíqueme usted...
DOL. Una burla sangrienta, caballero; después que ese digno amigo de usted...
FED. Señora... (¿Las pullitas, eh?)
DOL. Después que ese hombre sin vergüenza me declaró por burla ese amor que usted tiene la candidéz...
FED. (¡Dale!)
DOL. De creer sincero, buscó á la abuelita...
FED. Ya; y le ha repetido sus pretensiones respecto á usted, cuando acaso le fué recomendado el secreto.

DOL. No es eso; le ha declarado su amor.

FED. Bien; el amor de él á usted.

DOL. El amor de él á ella.

MAR. }
FED. } ¡Á la abuelita! (Asombrados.)

DOL. Á la abuelita,

FED. ¡Pobre amigo mío! ya me lo figuraba yo: loco de remate.

DOL. Loco, sí señor; también le creí loco desde que le encontré solo arrodillado en ese sitio.

FED. ¿También eso? ¡Ciertos son los toros! Desde que le ví contar tantos desatinos... que si un tren iba, que si otro venía, que si un inglés, que si una alcachofa, que él arrebata y usted se come... ¡Oh! la amistad me impone deberes sagrados; no le abandonaré, ¡pobrecillo! (Tira del cordón de la campanilla.)

MAR. ¿Qué vas á hacer?

FED. Llamar á don Cleto. (Se presenta Juan.) Corre, busca al señor de Sangredo; díle que ese caballero que acaba de llegar de Madrid, necesita sus cuidados; un poco ida la cabeza.

JUAN. ¡Loco! (Vase.)

FED. Retírese usted, mamá; tú también, querida; puede volver...

MAR. ¡Pobre caballero!

DOL. (¡Perdí la esperanza!) (Vanse.)

ESCENA XV

DICHO; RAFAEL, poco después.

FED. ¡Y yo, insensato, que contaba ya con despabilar una suegra! (Mirando adentro.) Allí le veo; viene dando saltos de alegría. ¡Infelíz!

RAFAEL. (Sale ahora.) ¡Eh, Federico!

FED. ¡Amigo mio!

RAFAEL. ¡Estoy loco, chico!

FED. (Ya lo confiesa.)

RAFAEL. De contento.

FED. ¡Ya!

RAFAEL. En vista de tus ofrecimientos, he mandado subir el equipaje.

FED. Bien hecho.

RAFAEL. Lo singular del caso, es que no se acordaba de mí, y á no ser por una circunstancia, por aquello de la alcachofa...

FED. (¡Adiós! la alcachofa otra vez; vamos, es una idea fija.) ¡Rafael! ¡pobre Rafael!

RAFAEL. ¿Qué dices?

FED. ¡Me das lástima!

RAFAEL. ¿Por qué?

FED. (No conoce su estado)

RAFAEL. ¿Quieres explicarte? ¿que te doy lástima?

FED. Sí, hombre, sí

RAFAEL. No sé por qué.

FED. Porque no se te cae de la boca esa hortaliza funesta.

RAFAEL ¡Hortaliza funesta! ¿Pues he nombrado yo los pepinos ó las setas?

FED. Peor, Rafael, peor; porque cuando se le mete á uno una alcachofa en la cabeza...

RAFAEL. ¿Qué es lo que dices? ¡una alcachofa en la cabeza! ¿has perdido la tuya?

FED. (No me comprende.) Cuando eso sucede, Rafael, y tropieza uno con una abuela, ¡zas! le espeta una declaración de amor.

RAFAEL. Vamos, está loco.

FED. ¡Si eres tú, tú, infelíz! tú, que le has hecho el amor á la abuelita.

RAFAEL. ¡Yo!

FED. Tú, mira, si te vienen á la memoria... sean rellenas, en guisantes ó en menestra, no hagas caso, hombre, no hagas caso de las alcachofas.

RAFAEL. ¿Sabes, Federico, que tiemblo por ti, por tu razón?...

FED. Si eres tú el que la has perdido, pero con suerte, porque la casualidad te ha traido á Toledo.

RAFAEL. ¡Que yo me he declarado á la abuelita!

FED. ¿Quieres que te lo repitan en coro? ¡Mamá! ¡Mariana! (Llamando.)

ESCENA XVI

DICHOS; DOLORES y MARIANA, se presentan con timidéz.

FED. El pobrecillo no recuerda... está en Babia; dígale usted su paso con la abuelita, díselo tú.

MAR. Si señor, sí; le declaró usted su amor.

DOL. Igual que á mí.

FED. ¿Lo ves? ¿quieres más testigos?

RAFAEL. Me van á volver loco.

FED. No te asustes. ¡Cuánto tarda don Cleto! Iré á buscarle. ¡Ah! enséñale el cuarto que le hemos destinado. (A Mariana.) Con vistas al jardín; (A Rafael.) aquel aire te hará provecho. (Aparte á Mariana.) (En viéndole dentro, vuelta á la llave.)

MAR. Venga usted.

DOL. Le conduciremos...

RAFAEL. Pero señoras...

FED. ¿Te niegas á seguirlas cuando te lo suplican? ¿Tú, el más cumplido caballero? ¿qué mayor prueba de que tu razón?...

DOL. Por aquí.

MAR. Vamos, vamos.

FED. Anda, hombre. (Le empuja, y Dolores y Mariana se lo llevan cada una de una mano, con miedo, pues le creen loco.)

ESCENA XVII

DICHO y DON CLETO

FED. ¡Y ese hombre no viene! (Al dirigirse á la puerta, sale don Cleto.) ¡Ah!

CLETO. Acaban de decirme...

FED. ¡Qué desgracia! ¡mi mejor amigo!

CLETO ¿Y qué síntomas se han observado?

FED. Los más extraños. Llega á Toledo, entra aquí de ron-

dón, y sin más ni más espeta á mi suegra una declaración de amor á quemarropa.

CLETO. Hasta ahí no va mal.

FED. Se aparta de Dolores, y la emprende... ¿con quién dirá usted?

CLETO. ¿Con su mujer de usted?

FED. ¡Un demonio!

CLETO. ¿Con la cocinera?

FED. Con la abuelita.

CLETO. ¡Dios de Israel!

FED. ¿Qué tal?

CLETO. ¡Loco, loco de atar!

FED. Ya lo sabía yo.

CLETO. ¡Mi gozo en un pozo!

FED. ¿Cómo?

CLETO. ¡Me había prometido el nombramiento de vocal!

FED. Era un bello sujeto.

CLETO. A condición de que me casase con la abuelita y me la llevase.

FED. ¡Calla! ¡qué proyecto! cuando pensó eso no estaba loco todavía.

CLETO. Discurría admirablemente.

FED. Yo lo creo, cuando se discurre contra las suegras, se discurre siempre bien. ¡Qué lástima de hombre! ¡era un genio! (Ya le tenía administrado un remedio de tercer grado) Y ¿había usted dado algún paso, señor don Cleto?

CLETO. Todo estaba corriente: se hallaba dispuesta á seguirme.

FED. ¡Ah!

CLETO. Pero si ese hombre ha perdido el caletre, todo se viene abajo.

FED. ¡Me va á costar la vida este disgusto! Pero señor, la medicina... Le verá usted, voy á prevenirle, vengo al instante.

ESCENA XVIII

DON CLETO; después DOÑA LEONCIA

CLETO. ¡Ya tenía asida entre mis manos la rueda de la fortuna! ¡Miserable de mí! ¡vocal del Consejo de Sanidad!... ¡no lo seré jamás, no! ¡no! ¡no! ¡Si ese Gobierno!...

LEONC. (Con mantilla puesta. Va á cruzar el teatro y ve á don Cleto.) ¡Cómo! ¡él mismo viene á enredarse entre mis uñas!

CLETO. (Sorprendido.) ¡Señora!

LEONC. ¡Todo se sabe!

CLETO. ¡Leoncia!

LEONC. ¡Deje usted ese lenguaje!

CLETO. ¡Doña Leoncia!

LEONC. ¡Falsario!

CLETO. ¿A qué viene esto?

LEONC. ¡Enredador!

CLETO. No adivino...

LEONC. ¡Badulaque!

CLETO. (¡Si estará también loca!)

LEONC. ¡Bien hacía usted en prevenirme contra las emociones fuertes, y... agradables!

CLETO. Señora, yo ..

LEONC. ¿Era este el fruto de bendición que usted me prometía?

CLETO. Sostengo mi palabra..

LEONC. ¡Engañarme, trastornarme la cabeza!

CLETO. ¿Yo?

LEONC. Sí señor, ¡arrodillado!...

CLETO. ¿Arrodillado?

LEONC. Arrodillado estaba usted.

CLETO. ¡Ah! (Es que me han visto en la iglesia esta mañana.) Pues, sí, señora, ¿y eso qué?

LEONC. ¡Lo confiesa!

CLETO. Como buen cristiano.

LEONC. ¡Esa es acción de turco!

CLETO. ¡El arrodillarse! señora, soy cristiano viejo, y si yo hubiera sabido que usted había renegado...

LEONC. ¡Usted será el renegado!

CLETO. Señora, me voy hartando: no sé lo que usted pretende.

LEONC. ¡Á mi hija!... ¡á mi hija le ha declarado el amor!

CLETO. ¿Yo?

LEONC. Sí señor.

CLETO. Señora, hoy se va á llenar el hospital de locos.

LEONC. Fiarse de los años: ¡baboso! ¡mal caballero! ¡mal hombre! ¡perverso!

ESCENA XIX

DICHOS y FEDERICO

FED. ¡Qué oigo! ¡abuelita!...

LEONC. ¡Déjame en paz!

FED. ¿La ha ultrajado usted, caballero?

CLETO. Le juro, señor don Federico...

LEONC. ¡Le he pillado en un gatuperio!

FED. ¿Esas tenemos?

LEONC. ¡Con mi propia hija!

FED. (Pues, ha tomado la revancha: el otro se fué á meter con la abuela, y él...) ¡Bravo, señor don Cleto, es usted hombre que lo entiende.

LEONC. ¿Cómo, tú también?

FED. Digo, es usted un... don Cleto. ¡Levantar de cascos, sacar de madre á una pobre señora!...

CLETO. Palabra de honor...

FED. ¡Es una iniquidad, una infamia!

CLETO. Cuando digo...

FED. Le pedire una satisfacción.

LEONC. Eso, eso.

FED. Vaya usted á su cuarto, abuelita, ¡yo le compondré!

LEONC. ¡No me marcho!

FED. ¿Se olvida usted del último ataque?

LEONC. ¡Ay! ¡este hombre me ha muerto! ¡si me da voy á quedar en él!

FED. Adentro, adentro y... flores cordiales, calaguala; yo vengaré este agravio.

LEONC. ¡Ay!... ¡el hipo!

FED. ¡El hipo! ya andará cerca el flato ardiente; magnesia, abuelita, magnesia; allí está el bote.

LEONC. ¡Qué será de mí! ¡qué será de mí! (Vase.)

ESCENA XX

DICHOS; después RAFAEL

FED. (Éste la mata: al fin, médico.) Vamos á cuentas: ¿es esto regular?

CLETO. No me hable usted.

FED. ¡Enterrar á esta pobre señora! (¡Habrá enterrado tantas!) ¡A sus años enamorando á diestro y siniestro!

CLETO. ¡Oh!

FED. Ha herido usted en lo más vivo al hombre que se había declarado su protector. (Rafael aparece á la puerta.)

RAFAEL. (¿Qué dice?)

FED. Que le hubiera colocado en el pináculo, en el Consejo de Sanidad. Son chanzas pesadas, sabiendo usted que mi amigo amaba á esta señora, ¡irla á enamorar!

RAFAEL. (Saliendo.) ¡Qué oigo!

FED. ¡Rafael!

RAFAEL. Trabajo me costó convencerlas. ¿Qué estabas diciendo?

FED. Nada, nada.

RAFAEL. ¡Oh! sí. ¿Conque?

FED. Ya que lo sabes... tomó la rèvancha. (Rafael y Federico se disputan el acometer á don Cleto sin dejar de proseguir el diálogo. Don Cleto se aparta á su vez de delante de ellos.)

RAFAEL. ¡Caballero!

FED. ¡Si no mirara!...

RAFAEL. ¡Si no respetara sus años!...

FED. ¡Viejo verde!

RAFAEL. ¡Carcamal!

CLETO. (Después de apretar los puños y mirar alternativamente á los dos.) ¿Hay más injurias que lanzar sobre mí?

RAFAEL. ¿Levanta usted el gallo?

FED. ¿Sale de sus casillas?

CLETO. (Se para.) Levanto el gallo, salgo de mis casillas, y estoy

dispuesto á romperme la crisma con cualquiera, ¡ea!

FED. ¡Qué insolencia!

CLETO. Ya lo sabe usted; amo á esa señora, la adoro, la idolatro, ¿y qué tenemos? (Poniéndose en jarras.)

ESCENA XXI

DICHOS, DOLORES y MARIANA

DOL. ¡Qué voces!...

CLETO. (Viendo á Dolores, colérico.) Me alegro de verla á usted, señora, porque cuando me pinchan, tengo peores intenciones que un toro salamanquino. ¿Lo entiende usted? (A Rafael.) A ver si acabamos.

DOL. ¿Qué es lo que dice?

CLETO. Digo, señora, que ese amor recalcitrante que le he declarado á usted de rodillas, es ya público y notorio en el barrio y la ciudad: así, pues, ya no hay por qué ocultarlo; la amo á usted, y vuelvo á caer de rodillas á sus plantas. (Se arrodilla.)

ESCENA XXII

DICHOS y DOÑA LEONCIA

LEONC. ¡Infame! (Corre hacia don Cleto.)

FED. ¡Se desplomó la casa!

RAFAEL. ¿Conque es cierto? (Va hacia don Cleto y lo detiene Federico.)

DOL. ¿Pero qué amor?...

LEONC. ¡Hazte de nuevas!

DOL. Mamá.

LEONC. ¡También me engañas!

DOL. Yo, no.

LEONC. Tú, porque antes como ahora, estuvo arrodillado á tus piés.

DOL. Antes, no.

LEONC. Tú lo dijiste.

DOL. Si yo me refería á este caballero.
RAFAEL. Al caballero de la alcachofa.
LEONC. ¡Cómo!
DOL. De quien usted me dijo que sé le había declarado.
LEONC. Yo me refería á don Cleto.
CLETO. ¿Lo ven ustedes?

ESCENA ULTIMA

DICHOS y JUAN

JUAN. (Alargando un pliego á don Cleto.) Un parte telegráfico.
CLETO. ¿Para mi? (Lo abre y lee rápidamente.) ¡Ah! ¡vocal! ¡yo vocal del Consejo! ¡Viva el Gobierno! (De pronto, arrodillándose delante de Mariana.) Señora, mi amor...
FED. ¡Cómo!
CLETO. ¡Ah! (Enmendando su equivocación) Leoncia...
LEONC. Hijas mías, acabó la alianza: mi futuro marido lo ordena; vamos á establecernos á la Corte.
RAFAEL. Imite usted, señora, tan noble ejemplo, y en Cádiz... (Se arrodilla delante de Dolores.)
DOL. Ya que mamá...
RAFAEL. ¡Soy feliz!
FED. (Pasaron al tercer grado.) ¿Conque no sólo nos arrebatan á la abuelita, sino también á mamá? No lo consiento. (Se enjuga las lágrimas con el pañuelo.)
MAR. (¡Qué pícaro!)
RAFAEL. ¡Ya te escribiremos á menudo! No llores.
FED. Me conformo.
(Al público.) Pasar la pena negra,
me has visto con la suegra y contra-suegra.
RAFAEL. Aplico mis recetas, y, en un punto,
te libro de las dos medio difunto.
FED. ¿Cómo pago merced tan señalada?
RAFAEL. (Al público.)
Dándome el premio tú de una palmada.

FIN DE LA COMEDIA

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representación sea autorizada.
Madrid 8 de Noviembre de 1862.

El Censor de Teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO

COMEDIAS Y DRAMAS ORIGINALES DEL MISMO AUTOR

No siempre el amor es ciego. En tres actos y en verso.
El toque de oración. Drama en tres actos y un prólogo.
Dos españoles en Flandes. Idem, íd., íd.
Agustin de Rojas. En tres actos y en verso.
¡Cuánto vale una lección! En tres actos y en verso.
Juzgar por las apariencias (1). En tres actos, en prosa y verso.
La diplomacia. En tres actos.
La cruz de la torre blanca (2). Drama en tres actos y en verso.

PIEZAS EN UN ACTO

¡Ella es!
Casualidades.
Los encantos de la voz (3).
El bien y el mal.
El destino.
Receta contra las suegras.

Capitanes ilustres. Obra biográfica y bibliográfica.
La pluma y la espada. Idem, íd.
Memorias del ayudante Alvarez.
Una y tres. Novela.
Memoria del teatro Real de Madrid.

---

(1) En colaboración con D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
(2) Id. con D. Gregorio Romero Larrañaga.
(3) Id. con D. Francisco Navarro Villoslada.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.